

de nuestro país titulado *Acta eruditorum* (1683), publicado por Oton Meneken y otros catedráticos de Leipzig, era una imitación del *Journal des Sçavans* (1565) de los franceses. La actividad editorial de los sábios sólo adquirió importancia nacional cuando Thomasius, hombre no solamente erudito sino de una inteligencia sana y generalizadora, comenzó en sus «Colóquios mensuales» escritos en alemán, á tratar cuestiones y fenómenos científicos.

Así en la aparición y en el perfeccionamiento de la impresión de libros como también en el desarrollo del comercio de los productos literarios, que al compás de ambos comenzaba á florecer, la Alemania meridional se adelantó bastante á la septentrional.

Francfort sobre el Main «el bazar de los alemanes» y la más importante de las ferias del mundo, ya á últimos del siglo xv tenía fama como mercado de libros, por cuyo concepto desde el siglo xvi Leipzig comenzó á hacerle gran competencia. En 1564 se publicó el primer catálogo de libros de la feria de Francfort, en 1594 el primero de Leipzig. Desde 1564 á 1600 en los mercados de Francfort y de Leipzig se exhibían 21,941, número de libros que en su gran mayoría había salido de las prensas alemanas. No obstante, el hecho de que de aquellos 21,941 libros, nada ménos que 14,478 estaban escritos en latín y solo 6,618 en alemán, demuestra cuál era la preponderancia que entonces el latín tenía en el comercio literario sobre el idioma nacional. En el total de aquellos, se contaban también 457 libros franceses, 351 italianos y 37 españoles, circunstancia de la que pueden deducirse los diferentes grados en que estos tres idiomas se cultivaban en nuestro país. El impresor, el editor y el librero eran entonces una sola persona. Por lo demás el comercio tipográfico aumentó rápidamente: en 1564 sólo había doce ciudades alemanas con casas editoriales, en 1596 había ya 59 ciudades con 117 editores. Pero en la misma proporción en que aumentaba y prosperaba el comercio de libros, multiplicábase las vejaciones de la censura. Los mandatarios del Emperador y los príncipes, la autoridad católica y los consistorios protestantes competían en la persecución de los libros y libreros. Las prohibiciones, pesquisas, confiscaciones, multas y prisiones estaban á la orden del día en el imperio alemán. El hecho de que en 1524 el librero Juan Herrgott fué ejecutado en Leipzig por haber vendido libros prohibidos, basta para caracterizar á un siglo, en el que la brutalidad de la justicia se manifestaba con tan horrorosa evidencia, así como basta recordar las sentencias pronunciadas en el proceso contra Grumbach (1567) y en especial la que se dió bajo la influencia inmediata del elector Augusto de Sajonia contra la persona del desgraciado librero, y en la que se decía: «Aunque el citado Grumbach merece un castigo serio, su Alteza Real se digna, por su gran bondad, mitigarlo de modo que el delincuente sólo sea descuartizado vivo.»



CAZA DEL CIERVO

## VI

## CHOZA Y CASA; CASTILLO Y PALACIO

**C**UANDO el honrado Sebastian Frank dió en 1538 á la estampa su *Crónica alemana*, consignó en el prefacio esta alabanza á su patria: «Germania está en la actualidad dotada y favorecida por Dios de tal manera, que ninguna nación puede vanagloriarse de ser superior á ella, así en trigo de buena calidad y en excelente vino, como en aires puros, en el ingenio popular, en el número de provincias y ciudades pobladas, y sobre todo en las artes, puesto que Germania ha inventado la imprenta, los arcabuces y muchas otras cosas, y aún diariamente inventa nuevas artes, descubriendo países y continentes desconocidos. El pueblo alemán es paciente, bondadoso, y comparado con el de otras naciones piadoso, superior á muchos en moralidad, temor de Dios, conciencia y religiosidad. Aquí residen los mercaderes más opulentos que visitan lejanos países, mercaderes que apenas se encuentran en otro punto de la tierra; aquí se ejecutan trabajos artísticos de mérito en pintura, bordados, escultura, xilografía, arquitectura, fundición, escritura y toda clase de artes; de modo que hasta los mismos turcos se asombran y manifiestan inclinación hácia los alemanes. Es un pueblo, á la vez que valiente, jovial, y tan dispuesto á empresas serias como á ligeras bromas; un pueblo que sabe acomodarse á todas las circunstancias de la vida; de manera que cualquiera debería dar gracias á Dios por haberle hecho nacer en Alemania.»



Cien años más tarde otro excelente patriota, Federico de Lugau, se expresaba del siguiente modo: «Alemania en tiempos antiguos era el país de la honradez; miéntras que ahora está infectada por los vicios y los abusos más vergonzosos, por todos aquellos males que debieran enérgicamente combatirse y de que otros pueblos han sabido desprenderse.»

La diferencia entre estas dos opiniones, como se ve, no era pequeña. A mediados del siglo xvi un hombre tan sabio y honrado como Frank podía vanagloriarse en alta voz de su patria; á mediados del siglo xvii un hombre tan honrado y sabio como Logau se veía obligado á avergonzarse de su país. Ambas opiniones eran sin embargo muy fundadas: en el siglo xvi nuestro pueblo, á pesar de las disensiones religiosas, era una nacion ventajosamente situada, rica, soberbia, en cultura intelectual la primera de todas y por su posicion política respetada y temida; en el siglo xvii, en cambio, se hallaba empobrecida, decaída, miserable, políticamente impotente, intelectualmente servil imitadora del extranjero, infestada por los vicios de los pueblos latinos, víctima de las intrigas y de los instintos rapaces de las naciones extranjeras, una sombra, en fin, de lo que había sido.

Las causas de esta triste trasformacion se han indicado en los capítulos anteriores: no obstante, aprovechamos esta ocasion para insistir en que la decadencia de nuestro país en el siglo xvii es debida muy especialmente á una circunstancia de que sólo hemos hecho mencion como de paso: nos referimos al cambio de direccion que experimentó el comercio universal, cambio ocasionado por el descubrimiento de la vía marítima que conducía á las Indias Orientales, y á la colonizacion de América. El comercio aleman, si bien muy importante en el siglo xvi (Francfort del Main fué considerada hasta el año 1530 como el primer emporio mercantil de Europa; y las casas de Fugger, Welser, Baumgasten de Augsburg eran miradas como las más ricas entre las importantes que contaba Europa), no pudo seguir en mucho tiempo la nueva direccion que trasladó el movimiento comercial en grande escala, del centro de nuestro continente, á la costa occidental. Y no pudo seguir esa corriente por la sencilla razon de que el caos reinante en el interior del imperio y el fraccionamiento creciente del mismo en numerosos Estados, impidió á nuestros antecesores el procurarse parte del rico botin que ofreció el Nuevo Mundo y el adquirir puertos importantes para su comercio en grande escala, fundando al efecto colonias en los países ultramarinos.

La clase de los labradores alemanes, en su gran conjunto, no pudo recobrar sus fuerzas sociales y políticas durante doscientos años, fuerzas agotadas por el terrible azote de la guerra de los labradores. Políticamente hablando el labrador ya no era tenido en consideracion, pues aún en aquellos Estados alemanes en que el constitucionalismo especial de la Edad media pudo subsistir frente al desarrollo creciente del absolutismo de los príncipes soberanos; y en que, por lo tanto, los «estados del país» tomaban parte en la administracion, sólo se hablaba del clero, de los caballeros y de los ciudadanos, pero nunca de los labradores. Estos eran siervos, litos, hombres nacidos para labrar la tierra, para trabajar por sus señores feudales, para pagar los diezmos y otras contribuciones, y para hacer cuanto mandaba la autoridad eclesiástica ó seglar de que dependian. Sólo excepcionalmente el clero luterano se ocupaba del estado intelectual y moral de los labradores, bien descuidado por cierto; en cambio no retrocedía en su intento de pintarles como grata á Dios la desdichada servidumbre que desde un principio

recomendaba eficazmente el luteranismo ortodoxo. Los sacerdotes católicos por su parte no les iban en zaga; procuraban á su vez infundir á los labradores una sumision y un respeto que eran la garantía de larga esclavitud. Los preladados católicos figuraban en primera línea entre aquellos «cazadores entusiastas» que gracias al ejercicio inconsiderado de la caza eran una de las peores plagas del campesino. Hacer sacar los ojos á los cazadores furtivos se consideraba en el siglo xvi como uno de los derechos más legítimos del señor. Sin embargo, inventóse un tormento más refinado y fué debido á aquel arzobispo de Salzburgo que en 1537 hizo envolver á un labrador en una piel de ciervo y desgarrarle por su jauría, en castigo de haber muerto á la pieza en sus propios sembrados, que estaba devastando el animal.

La caza era un fuero de los nobles y preladados y ocupaba en la época de la Reforma una gran parte del tiempo de las clases ricas. El número de piezas existente á la sazón debe haber sido enorme, si se tiene en consideracion que en una sola batida dada por uno de los cazadores más aficionados de la época, el landgrave Felipe de Hesse, se cogieron nada ménos que mil jabalíes y ciento cincuenta ciervos, y que un contemporáneo de Felipe, el príncipe elector Juan Federico de Sajonia, mató por su propia mano en junto unos 3,583 lobos, 208 osos y 200 linceces. En los bosques de la Alemania septentrional, sobre todo en territorio prusiano, existian aún alces y bisontes; y en todo el imperio aleman multitud de lobos, osos, linceces y castores. El capricornio había desaparecido en 1650 de los Alpes alemanes, pero aún se criaba en los «jardines zoológicos», que ya en el siglo xvi eran un requisito indispensable de las cortes de los príncipes. En 1686 se mató el último oso en el imperio aleman, es decir en Turingia. Al par que la caza mayor, la aristocracia alemana practicaba también la caza con halcon, tan en boga en la Edad media, y en ella, lo mismo que en todas las cacerías, tomaban parte las damas, á menudo tan aficionadas como los caballeros, á los que, cabalgando en ligeros corceles, tomaban con frecuencia la delantera, presentándose las primeras en el punto de cita al darse la señal de reunion.

No obstante los gravámenes y contribuciones, la agricultura alemana alcanzó un estado muy floreciente en el siglo xvi, adquiriendo al mismo tiempo la choza del labrador aleman méjor aspecto en el exterior é interior. La paciencia inagotable y la incansable perseverancia; la aficion al trabajo, al orden y á la economía de nuestros labradores, consiguieron en algunas regiones vencer todos los obstáculos. Es verdad que sus habitaciones conservaban aún el aspecto de chozas, construidas casi todas exclusivamente de madera y cascote, y cubiertas con techos de paja. Pero estas chozas contenian ya utensilios suficientes y sólidos; las arcas encerraban lienzo y vestidos; en cualquier rincon seguro se ocultaba la alcancía que aguardaba los ahorros en buena moneda de plata; en las cuadras un ganado bien cuidado comia en aseados pesebres; desde las ventanas, que aún carecian de vidrios, se contemplaba un pequeño jardín con abundancia de legumbres y flores, y detrás de la casa se extendía una huerta con árboles frutales.

De la Alemania septentrional, central y meridional, se conservan noticias del todo fidedignas, escritas en el siglo xvi, segun las que, muchos labradores alemanes vivian con desahogo y aún con opulencia, añadiéndose que, en esta clase, ambos sexos se permitian gran lujo en el vestir, y que las fiestas mayores, bodas, bautizos y entierros se celebraban con abundante comida y copiosa bebida. Verdad es que la moral de los labradores de aquella época no era por cierto



irreprochable; de modo que es preciso apreciarla con el tolerante criterio del «buen tiempo antiguo.» para no caer en ciertas inconveniencias. En las comarcas protestantes, lo mismo que en las católicas, las relaciones recíprocas de ambos sexos daban á conocer muy poco esa «profunda moral» tantas veces citada y que tanto habia exigido la Reforma, como la reaccion. Procedíase contra las doncellas extraviadas empleando duras penitencias eclesiásticas y castigos impuestos



VENTA DE LIBROS EN ALEMANIA EN EL SIGLO XVI

por la autoridad civil. Cuál era la forma con que esto se verificaba en Baviera, por ejemplo, lo demuestra la «Ordenanza» publicada en 1578 y que decretaba que un primer embarazo de soltera se castigaria con una multa, exponiendo la culpable al público, mientras que el cuarto se castigaba con su extrañamiento del país.

En otras partes se procedía con no menos rigor contra las pobres muchachas que eran madres antes de ser casadas; y hasta á fines del siglo XVIII y á principios del XIX se conservó en varias regiones, tanto católicas como protestantes de nuestro país, el cruel castigo de vestir á la culpable con una camisa ó saco de penitente, y ceñidas las sienes con una corona de paja, exponerla el domingo á la puerta de la iglesia, sufriendo las burlas de los que entraban y salían, según se lee en aquel pasaje del *Fausto* de Goethe, en el que la maliciosa Liseta habla á Margarita de la seducida Bárbara, «que sufrió la humillación de hacer su penitencia en camisa.»

En el siglo XVI la agricultura se desarrollaba y prosperaba notablemente. Se talaban inmensos bosques y se desecaban grandes pantanos, para procurarse terrenos de cultivo. Los príncipes y señores tenían interés en sacar la posible ganancia de sus territorios, por lo cual muchos de aquellos inducían á sus labradores al cultivo inteligente de los campos, praderas,



DIVERSION VENATORIA EN EL PALACIO DE UN PRELADO

árboles frutales y viñas. Publicábanse á este efecto los llamados «Decretos agrícolas»; los príncipes y princesas se ocupaban personalmente de la agricultura en grande y pequeña escala (como por ejemplo la princesa electora Ana de Sajonia, que gozó fama de célebre ganadera y fabricante de queso), y también se fijaba la necesaria atención en la teoría agrícola.